



ARQUEOLOGÍAS GRIEGAS
(PEDAGOGÍA CLÁSICA)

Ulises Varsovia

ARQUEOLOGÍAS
GRIEGAS
(PEDAGOGÍA CLÁSICA)



Primera edición: abril de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ulises Varsovia

ISBN: 978-84-17784-80-5

ISBN digital: 978-84-17784-81-2

Depósito legal: M-15561-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

1

Ánfora

Ánfora el significado
de manos prodigiosas
escarbando entre las formas
de la alfarería,
desenterrando del sueño
o de la hipnosis délfica
una imagen allí oculta,
sepulta bajo la escoria
de noches de fiebre y delirio.

Por entre las delgadas líneas
del cuello esbelto y gracioso,
dedos pulsando las cuerdas
de un instrumento pnéumico
sonando a través de los siglos,
dedos de un ángel percutor
acariciando la arcilla,
girando al compás del torno,
a la velocidad de planetas
formándose aún en el tiempo.

Desde tu excelsa figura
regresar, ánfora, al tiempo
de tu gestación insigne,
verte crecer en las manos
de un demiurgo helénico
construyéndote en trance,
absorto hasta la abnegación
en tus líneas sacerdotales.

Y girar en torno de ti,
como un ser maravillado
en tu perfecta armonía
de líneas, forma y volumen,
penetrar en tu pintura,
y perderme en el follaje
de tus trazos ornamentales,
fundir mi ser deslumbrado
con tu ser de greda olímpica,
ánfora del Dipilón,
ánfora de estirpe ática.

2

Ídolo cicládico

(c. 2400 a.C.)

Si hubiera que buscar un término
que fuera fiel expresión del clima
de misterio que te rodea,
yo elegiría: metafísica,

y si hubiera que adscribirte, ídolo,
a una escuela o a una corriente,
tendríamos que decir: abstracta.

Allí estás, de pie y erguido,
ofreciéndote como objeto
visual a nuestro raciocinio,
exponiendo tu cuerpo de mármol,
con sus distintivos específicos
de figura cicládica envuelta
en un clima de pétreo misterio.

No sabemos con exactitud
si llamarte heraldo de un nuevo arte,
o residuo de la edad de piedra,
y si interrogamos tus ojos tristes,
o dirigimos nuestra mirada
a tu boca apenas pronunciada,
nada nos dices más que mutismo.

Camino en torno de ti, buscando
las claves de tantas interrogantes,
la entrada en tu mundo onírico
que debe necesariamente encontrarse
en algún lugar de tu desnudez.

¿Es tu cabeza ovalada, tal vez,
la referencia a ese mundo de sueños,
en que navegaba ese pueblo singular
de las islas de vieja prosapia?
¿A qué dioses te ofrendó el demiurgo
que te arrancó de su visión febril?
¿Desde qué edad de la piedra viniste?

Y mis disquisiciones se estrellan
contra tu mudez, y allí naufragan.

3

Tañedor de arpa

(Cícladas, ca. 2000 a.C.)

Alguna vez habrá existido
el modelo a partir del cual
tu creador modeló tu forma,
inmóvil tañedor de arpa,
alguna vez allá en las islas
de las Cícladas prehelénicas,
alguien, mujer o varón,
se habrá sentado a pulsar
las cuerdas de su instrumento,
y habrá sido tal el flujo
de metálicos acordes,
que tu gestor repitió en arrobo
los pormenores del portento.

¿Cómo entender tu figura
de abstracta entidad humana,
captada en el momento mismo

de su más profunda caída
al pozo de la inspiración,

cómo imaginarnos, cómo,
a un ser humano desnudo,
con una extraña cabeza
cuyos rasgos faciales
no constan ni se insinúan,
aparte la nariz de cuña?

Pero estás allí, extraño arpista,
como un ser de otro planeta,
arrancándole a tu instrumento
sonidos que nunca escucharemos,

estás allí, extático, inmóvil,
detenido en aquel tiempo,
cuando en las Cícladas habitaba
un pueblo venido de Oriente,
venido del mar o del aire,
venido del mármol, de la piedra muda.

4

Diosa de las serpientes

(Creta, c. 1600 a.C.)

La diosa de los siete velos,
o también, deidad de las serpientes,
hermosísima estatuilla cretense
de ni siquiera treinta centímetros,
la cual, a juzgar por sus atributos,
representa a la diosa de la tierra,
o a alguna de sus sacerdotisas.

Sus senos, desnudos y abultados,
prometen la fertilidad de los campos,
en tanto que las dos serpientes
simbolizan el reino subterráneo.

Su cintura es sumamente exigüa,
de acuerdo al ideal de belleza
reinante en la cultura minoica,
y desde la cadera para abajo

está cubierta por los siete velos,
referidos, tal vez, a los niveles
en que se dividía el reino oscuro.

Sus brazos abiertos esgrimen
dos serpientes vivas que serpentean,
como representación, quizás,
de su poder sobre vida y muerte,
y sus ojos desorbitados
parecen indicar que la deidad
(o la sacerdotisa, da lo mismo)
se encontraba en trance, o bailando
la danza ritual de las serpientes.

Estéticamente considerado,
la estatuilla es un bonito ejemplo
del trabajo en greda de los cretenses,
sus medidas y proporciones
responden a un determinado canon,
y una sola mirada de conjunto
nos convence de su valor estético.

5

Máscara de Agamenón

(Micenas, s. XII a.C.)

Esa máscara de oro caduco,
esa lámina de metal dorado
donde el Átrida imprimió sus rasgos
para perpetuarse en el tiempo,
o, tal vez, para fines rituales,
¿qué nos quiere decir, callada,
qué nos comunica desde siglos
sepultos bajo el polvo y la muerte?

Fue desenterrada de las ruinas
de una ciudad señorial sita
en el micénico Peloponeso,
sobre una estratégica altura
custodiada por dos leones.

Allí estuve, cuando mis pasos
de viajero de la geografía,
me llevaron hacia los sitios

donde la historia reposa,
llena de heridas y cicatrices,
en el río de la arqueología.

Por ese río regresa el rey,
y nos enseña su rostro
de señorial pastor de guerreros
cincelado en metal noble,
forjado en una lámina de honor.

La tuve allí, frente a mis ojos,
sin poder acariciarla,
sin poder tocar sus facciones
de noble monarca de un pueblo
que vino del norte a imponer
su señorío sobre esas tierras.

Y mientras en silencioso respeto
contemplaba yo aquella máscara
que me hablaba desde los siglos,
remecía el suelo el asalto
de Aquiles y sus Mirmidones.

6

Príncipe de los lirios

(Creta, c. 1550 a.C.)

De entre todas las bellas figuras
que los frescos de Cnosos nos deparan,
elijo tu actitud soberana,
tu natural despliegue de nobleza,
hermoso príncipe de los lirios.

Esbelto y fino, en la flor de tus años,
diriges tus gráciles pasos, tal vez,
a la sala central del trono,
a que la nobleza allí reunida
mire, admire y rinda tributo
a tu porte de joven semidiós
coronado de plumas y de lirios.

De tu elegante ademán principesco
dimana el sol, sus rayos dorados,
y pareciera que guiaras su carro

ascendiendo triunfal por la aurora,
derramándote en resplandores.

De seguro que habrás existido,
y eras uno más de los donceles
cuya figura privilegiada
extasiaba la vista de las doncellas
en la Creta del rey sempiterno.

Dime cuáles eran tus dioses,
a qué divinidad sacrificabas,
y de qué ambrosía te alimentaron
para crecer semejante a Apolo
y eternizarte en la flor de tus años.

Al sitio de tu palacio fui,
y recorrí su intrincado sistema
buscándote, oh joven amigo,
y cuando de pronto ante mí apareció
tu esbelta figura principesca,
supe que no eras, que mentía el pintor,
y que, irrepetible, cual Faetonte,
se yergue en Heraclión tu forma insigne.

«Parisina»

(Creta, c. 1400 a.C.)

Ese perfil de graciosas líneas
esculpido en la sala de culto
del palacio de Cnosos, en Creta:
pareciera que la airosa dama
se hubiera preparado largo tiempo
en su alcoba, frente al espejo,
que se hubiera acicalado y pintado
con más esmero que de costumbre,
para ese, su momento estelar,
en que el pintor la arrebatara del mundo
y la fija en el fresco para siempre.

Mirad sonreír ese perfil
con una gracia y femineidad
digna de la corte de todo rey:
el delgado cuello cretense
eleva hasta la altura exacta
la bella cabeza mediterránea,

el obscuro cabello la corona,
los bucles caen sobre su frente
o sobre su nuca derramados,
el ojo enorme, de factura egipcia,
sereno bajo el arco de la ceja,
la nariz ligeramente curvada.

De veras que, extasiado ante ti,
en el museo de Heraclión, en Creta,
hubiera acercado mis labios
a tu boca levemente abierta,
y te hubiera besado, «Parisina»,
succionando las uvas de tu tierra,
el licor real de tu palacio,
tu fresca juventud eternizada.

Pero detuve mi súbito impulso,
y te abarqué toda con la mirada,
disfrutando tu galana gracia
sonriendo a través de los siglos.

8

Puerta de los leones

(Micenas, ca. 1400 a.C.)

La monumental puerta de piedra
con dos soberbios leones montados
sobre el dintel de recio granito:
por aquí pasaban en marcha triunfal
los gloriosos reyes de Micenas,
que volvían cargados de botín
de sus correrías y expediciones.

Es un formidable arco de triunfo
flanqueado por enormes bloques
de los célebres «muros ciclópeos»,
que protegían la patria de Atreo
en aquel tiempo de convulsiones.

Los dos felinos de estirpe real,
posan sus patas delanteras
sobre un pedestal, en cuyo centro

se eleva una columna, que separa
y une a un tiempo a los dos leones.

El dintel es un enorme bloque
que yace, mudo e incommovible,
desde hace más de tres mil años,
sostenido por dos hercúleas jambas,
que ya estaban allí cuando los átridas
volvieron de Troya con sus preseas.

¿Quién esculpió a los reyes de la selva
en un solo bloque formidable
de piedra eterna, de piedra de la Hélade,
para mostrar a Grecia y al mundo
la prosapia, la fama y el valor
de quiénes albergaban las murallas?

¿Y cómo fue levantada del suelo
y puesta encima del cargadero,
para velar desde allí por milenios
la casa real de los Atridas,
y la historia inmortal de la Hélade?